

María de Lourdes Ibarra Herrerías

“Historiografía franciscana de la provincia del Santo Evangelio de México”

p. 745-758

Historiografía mexicana. Volumen II. La creación de una imagen propia. La tradición española
Tomo 2: Historiografía eclesiástica

Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo
(coordinación general)

Rosa Camelo y Patricia Escandón
(coordinación del volumen II)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2012

1455 p.

ISBN-13 978-968-36-4992-8 (obra completa)

ISBN-10 968-36-4991-2 (obra completa)

ISBN-13 978-607-02-3388-3 (volumen II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317_02_02/historiografia.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

LA CRÓNICA DE EVANGELIZACIÓN



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



HISTORIOGRAFÍA FRANCISCANA DE LA PROVINCIA DEL SANTO EVANGELIO DE MÉXICO

MARÍA DE LOURDES IBARRA HERRERÍAS*

INTRODUCCIÓN

El siglo XVI fue un siglo de intensa actividad y profundos cambios. Llevar a cabo la conquista y colonización significó para la Corona española la creación de una organización política, económica, social y eclesiástica que iría perfeccionándose sobre la marcha. Este último aspecto, el eclesiástico, revistió especial importancia debido al compromiso ineludible del Estado español con Roma: la evangelización de los habitantes de las tierras descubiertas correría a cargo de la Corona.

Los españoles llegaron al Nuevo Mundo en 1492 y se fueron extendiendo desde las islas del Caribe hacia la masa continental. Después de varios intentos, en 1519, proveniente de Cuba, arribó a las costas del imperio mexicano el capitán Hernán Cortés. Se iniciaba así la conquista de uno de los territorios más importantes de la futura América hispana.

Tras la conquista militar que culminaría respecto al imperio azteca con la caída de México-Tenochtitlan, en 1521, se inició lo que se conoce como conquista espiritual. Con la espada vendría la cruz, había que predicar a los naturales la verdadera fe, se iniciaba así una gran epopeya, la lucha entre los misioneros y el demonio, el esfuerzo de los enviados de Dios por lograr el cumplimiento del plan divino.

Aun cuando con el conquistador y sus huestes habían llegado dos sacerdotes, el mercedario fray Bartolomé de Olmedo y el clérigo secular Juan Díaz, la evangelización de los indígenas se iniciaría de forma sistemática con la llegada de la orden de San Francisco. Así, en sus inicios, la Iglesia novohispana, fundamentalmente dirigida a la evangelización de los naturales, quedaría bajo el cuidado de las órdenes religiosas. La tarea que debía llevarse a cabo era básicamente misional, y el clero regular resultó, en aquellos primeros momentos, el elemento idóneo al que la Corona encomendó estas tareas. De los conventos españoles

*Instituto Tecnológico Autónomo de México.

salieron los frailes con la misión de evangelizar a los naturales de las tierras descubiertas.

Los franciscanos habían recibido ya los aires renovadores gracias a la voluntad del cardenal Cisneros. Esta reforma de los observantes, bajo la dirección de fray Juan de la Puebla y su discípulo fray Juan de Guadalupe, en parte de Portugal y en Extremadura, había dado ya frutos; y de dicha labor surgió la provincia de San Gabriel,¹ de donde vendrían precisamente los llamados Doce, que llegaron a Nueva España en 1524.

Durante casi todo el siglo XVI, las órdenes religiosas organizaron y dirigieron a la Iglesia novohispana. Se desarrollaron prácticamente con absoluta libertad. Después de los franciscanos, llegaron los miembros de la orden de Santo Domingo (1526) a los que seguirían los de la de San Agustín (1533). Estas son las tres órdenes que tuvieron el papel más importante durante primera etapa.

A los conocidos como los Doce² les habían antecedido tres frailes, también franciscanos, que habían llegado en 1523. Nos referimos a los flamencos fray Juan de Aora, fray Juan de Tecto y fray Pedro de Gante, este último desempeñaría una labor de gran importancia en la colonia.

En cuanto a Pedro de Gante, pasó en México todo el resto de su vida, bien larga por cierto. Su obra fue muy hermosa, pero, solo al fin, no obstante su ardor apostólico, se hubiera visto forzado a trabajar sin plan preciso, al igual que el padre Olmedo, y no hubiera podido esparcir sino algunos gérmenes aislados de la obra evangelizadora, sin método y sin orden. Urgía por consiguiente, organizar la cristianización del país.³

A partir de 1524, la organización de la Iglesia novohispana se pone en marcha; conforme llegaban los religiosos, se adentraban en el territorio y se distribuían según los núcleos de población indígena. Las dificultades aparecieron de inmediato, la difícil geografía que hacía sumamente trabajosos los desplazamientos, la diversidad de climas, el escaso número de misioneros y desde luego el idioma. Pero su afán evangelizador, su espíritu renovado y sus altísimas expectativas del triunfo sobre Satanás, los impulsaban, luchaban por la materialización

¹ Vid. el estudio de Pedro Ángeles Jiménez en esta obra.

² Fray Martín de Valencia, fray Francisco de Soto, fray Martín de la Coruña, fray Juan de Suárez, fray Toribio de Benavente (Motolinía), fray García de Cisneros, fray Luis de Fuensalida, fray Juan de Rivas, fray Francisco Jiménez y los legos fray Andrés de Córdoba y fray Juan de Palos.

³ Robert Ricard, *La conquista espiritual de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 82.

de una “utopía”, querían el establecimiento de una nueva Iglesia, de la que eran los fundadores y organizadores; Iglesia formada por ellos y los naturales, llevándolos así por el camino de la salvación. Un mundo donde sólo estuvieran los religiosos y los indígenas, compensando de esta manera las enormes pérdidas de fieles que la herejía protestante había provocado en la Iglesia de Europa. “Lo que los franciscanos intentaron hacer en estas nuevas tierras fue, ni más ni menos, que erigir una Iglesia purgada de todos los errores y defectos que quince siglos habían acumulado sobre ella”.⁴ De este esfuerzo quedaría constancia gracias al interés que hubo de dejar dicho testimonio, lo que hoy nos permite poder acercarnos a una etapa de vital importancia para el estudio de nuestro pasado.

Como ya se señaló, los frailes comenzaron su labor apostólica en las zonas donde se concentraba gran parte de la población indígena, el valle de México, en algunas zonas de los actuales estados de Puebla y Tlaxcala, región que precisamente se sitúa en la ruta entre la costa, punto de llegada, y la ciudad de México-Tenochtitlan, centro vital del imperio. Poco a poco se irían extendiendo y alcanzaron el valle de Toluca, Michoacán, Nueva Galicia,⁵ Tula y Tulancingo y Cuernavaca; en todas estas zonas atendieron numerosos pueblos. Pronto se dirigirían a la Mixteca, Oaxaca y hacia el Pánuco en el noreste; como nos señala Ricard, “etapa capital del desarrollo franciscano en México fue el periodo que abarca los años de 1525 a 1531”.⁶ Para este último año, los franciscanos habían delimitado el área básica de su acción, de la que posteriormente partirían nuevos avances hacia el norte y el sur.

A este periodo de rápido crecimiento geográfico le seguiría una etapa de consolidación en toda el área. Se fundarían nuevos conventos en zonas ya dentro de la jurisdicción franciscana, lo que no se había hecho, por dificultades que hasta ese momento no se habían podido solucionar, como eran los problemas lingüísticos:

la de Tecamachalco representa quizá el principio de una metódica evangelización de los popolocas, retardada por la dificultad de la lengua. En 1543 comienza fray Andrés de Castro la evangelización de los matlazincas de Toluca y su valle, dejados en descuido por la ignorancia de su lengua complicada, que nadie sabía aún.⁷

⁴ Elsa Cecilia Frost, *Este nuevo orbe*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, 1996, p. 37.

⁵ El reino de la Nueva Galicia abarcaba a los actuales estados de Jalisco, Colima, Nayarit y Aguascalientes, y parte de Zacatecas, Durango, Sinaloa, Guanajuato, San Luis Potosí y Querétaro.

⁶ Ricard, *op. cit.*, p. 140.

⁷ *Ibid.*, p. 142.

En sus inicios, la misión apostólica de los franciscanos quedaría sujeta en lo administrativo a la provincia española de San Gabriel en Extremadura. Esta situación se mantuvo desde 1525 hasta 1535, año en que se separa, fundándose la provincia del Santo Evangelio. Al mismo tiempo quedan como custodias, dependientes de la anterior, la de Michoacán y Nueva Galicia con la advocación de San Pedro y San Pablo. Dado que la expansión hacia el norte y noroeste prosiguió durante esos años, para 1565 la custodia de San Pedro y San Pablo fue elevada a la categoría de provincia autónoma. Un año después se establecía una custodia en Zacatecas que quedaba adscrita a la provincia del Santo Evangelio.

La primera parte del periodo que va de 1524 a 1572, conocido como el de la Iglesia primitiva, se caracteriza por ser de gran expansión y por “la libertad con que los frailes menores pudieron moverse”.⁸ Esto se debió a que al haber sido la primera orden religiosa que llegó, pudieron elegir el rumbo que tomarían y no había límites con respecto a las zonas sujetas a su jurisdicción. Conforme fueron haciendo acto de presencia las demás órdenes y desde luego con el interés de la Corona de enviar clero secular, comenzaron a surgir una serie de conflictos, los cuales merecen estudio aparte, y que se sumaban a las dificultades señaladas con anterioridad. Toda esta situación se ve reflejada en los escritos de los franciscanos, ya sea en las obras de algunos de ellos como en la copiosa correspondencia que ha llegado hasta nuestros días.

La obra de los franciscanos

Los frailes menores, alejados de su tierra por el océano, se enfrentan a una naturaleza ante la que se muestran impresionados, pero que no sólo es objeto de admiración, sino origen de numerosas dificultades, pues los climas varían de una zona a otra con rapidez asombrosa, se interponen enormes montañas, las lluvias son constantes y muchas veces torrenciales, hay frecuentes temblores de tierra y muchos ríos no son navegables. Los naturales, objeto de su misión son seres extraños, muchas veces incomprensibles y no sólo en referencia a las lenguas, barrera que deben romper para lograr hacer comprender la palabra de Dios, sino también en lo referente a la concepción de la vida, de la muerte y de la divinidad. Una distancia cultural, aparentemente insalvable, los separaba de aquellos hombres que venían a incorporar a la grey de Cristo, obra titánica que hoy difícilmente comprendemos.

⁸ *Ibid.*, p. 146.

“Frailes e indios quedaron pues frente a frente como dos mundos extraños entre los cuales no parecía posible llegar a tender puente alguno. Eran la total alteridad”.⁹

El reducido número de frailes era otro escollo que salvar. Así, la tarea que había que cumplir tomaba proporciones gigantescas, y como señala Elsa Cecilia Frost:

Una y otra vez, al enfrentarme a la obra franciscana en el México del siglo XVI, me sobrecoge el asombro, y una y otra vez me digo que si los documentos no estuviesen allí para probar los empeños de quienes no pasaron de ser un puñado de hombres en la inmensidad de esta tierra, cabría pensar que se trata de una bien montada campaña publicitaria.¹⁰

La obra historiográfica

A pesar de que en la historiografía franciscana ha habido enormes pérdidas, pues no sólo desaparecieron obras completas, como es el caso de la del padre Olmos, sino que de muchas únicamente quedaron algunas partes, como de la de Motolinía, lo que se salvó es de un valor incalculable.

Como ya se ha señalado los franciscanos fueron los primeros religiosos que iniciaron la evangelización de los naturales mesoamericanos y fue precisamente uno de los Doce, quien nos legaría un testimonio de enorme valor, fray Toribio de Benavente, conocido como Motolinía, quien pisó tierras novohispanas en 1524. Le sigue pocos años después, en 1528, fray Andrés de Olmos. Pasarían 26 años para que lo hiciera fray Jerónimo de Mendieta, en 1554, y en 1570 o 1571 llegaría, siendo un niño todavía, el futuro fray Juan de Torquemada; en 1622 o 1623 nacería en la colonia fray Agustín de Vetancurt, considerado el último cronista de la provincia del Santo Evangelio. Todos ellos escribieron acerca de los acontecimientos que les tocó vivir, sobre el origen y existencia de los naturales que habitaban en el territorio conquistado por los españoles, la historia y la evangelización.

Los cronistas franciscanos presentan características similares, pero también encontramos elementos que distinguen cada obra; por ello se puede intentar establecer una división, que de ninguna manera es absoluta, y que nos ayuda a comprender mejor su legado. De acuerdo

⁹ Frost, *op. cit.*, p. 39.

¹⁰ Elsa Cecilia Frost, “Cronistas franciscanos de la Nueva España. Siglo XVI”, en Francisco Morales (ed.), *Franciscan Presence in the Americas*, Maryland, Academy of Franciscan History, 1983, p. 287.

con lo expuesto en este sentido por Elsa Cecilia Frost, para esta división se toma en cuenta la respuesta a “un propósito claro y definido”¹¹ y sería el que sigue: en un primer grupo entrarían los que podemos llamar escritos circunstanciales entre los que se encuentran aquellos, que “responden a una situación histórica precisa” ya sean particulares o generales, como las crónicas provinciales. El segundo correspondería a aquellas obras que recogen las investigaciones sobre el mundo prehispánico, es decir, los escritos etnográficos. El tercero sería aquel al que pertenecen los textos cuyo “*Leitmotiv* es la especulación teológica”,¹² y en las que se busca la comprensión del problema del origen de los indios y del modo de su incorporación al conjunto de la humanidad según el plan divino.

Sus obras pueden ser estudiadas de acuerdo con los lineamientos de esta división, que no se puede considerar cerrada, ya que ninguno de estos autores nos dejó un escrito “puro”. Lo que sí queda claro es que todos ellos manejaron supuestos que tienen un sello “franciscano”, temas que les son comunes y de los que hablaremos más adelante.

Dentro de las “circunstanciales”, se encuentran las obras de aquellos cronistas que buscaban dejar constancia de la labor de la orden dentro del proceso de la evangelización. Dos objetivos importantes perseguían estos textos: dejar testimonio de los hechos y que sirvieran de ejemplo. Además también la defensa de los regulares ante los ataques que recibían, dada la postura tomada por la Corona para lograr el control.¹³

En el siglo XVI, tenemos a Mendieta y a Torquemada, aun cuando la obra de este último se extiende a los primeros años del XVII. Estos dos autores no se quedaron dentro de los límites naturales de la crónica, sino que en ella abarcaron temas que correspondieron a los otros dos grupos, tanto al etnográfico como al teológico.

Al segundo grupo, el “etnográfico”, corresponden las obras de Olmos y de Sahagún,¹⁴ este último estudiado en la sección de historiografía de tradición prehispánica.

El objetivo tanto de fray Andrés como de fray Bernardino era conocer el pasado indígena, sus tradiciones, costumbres, creencias y ritos en forma exhaustiva y así encontrar la vía para poder extirpar de forma definitiva el dominio que el demonio había ejercido sobre esta gente.

¹¹ *Ibid.*, p. 288.

¹² *Idem.*

¹³ *Idem.*

¹⁴ Josefina García Quintana, “Fray Bernardino de Sahagún”, en *Historiografía mexicana, I. Historiografía novohispana de tradición indígena*, José Rubén Romero Galván (coord.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003.

Sólo de este modo podría lograrse el buen éxito de la misión para la cual Dios había elegido a los frailes.

Considerar a la obra de Motolinía, de Mendieta y de Torquemada como “tratado teológico sistemático”¹⁵ sería incorrecto, no había sido ese su objetivo; sin embargo, a lo largo de estas obras de carácter histórico nos encontramos con la intención de buscar la explicación que los acontecimientos tenían a la luz de la visión providencialista. Conciliar la idea de que la existencia de los indios, pueblos desconocidos por la cristiandad, pero que tenían cabida dentro del plan de Dios, habían de ser rescatados del dominio de Lucifer, por medio de los frailes, instrumentos de Dios.

De manera independiente a la agrupación en estas divisiones de los textos, los franciscanos abordaron temas que resultaron con características comunes. Desde luego, uno de los temas básicos de la historiografía franciscana del siglo XVI es “la labor apostólica realizada por la orden”.¹⁶

Los franciscanos pensaban que se estaba viviendo ya la última etapa, previa a la “parusía” o sea a la segunda venida de Cristo, el juicio final:

lo que nos hace ver en ellos una esperanza escatológica reanimada a tal grado que al leerlos se tiene la impresión de que, al igual que los apóstoles, veían en las circunstancias que les tocó vivir otras tantas señales de la proximidad del día en que Cristo vendrá de nuevo “como un ladrón”. Y a fin de que su llegada no los tomara de improviso y pudieran encarar el juicio, pusieron todo su esfuerzo en crear, usando para ello el material aparentemente dúctil y apropiadísimo del indio, la iglesia indiana plenamente apostólica y católica, pero de una pobreza y santidad no vistas desde las primeras comunidades cristianas.¹⁷

Esta certeza los hacía encontrar un sentido a la labor que debían realizar. Ante ellos se presentaba un camino que los llevaba a enfrentarse con un enemigo de proporciones enormes, el demonio, y al cual sólo vencerían con la ayuda de Dios. Su misión era el cumplimiento de las palabras del Evangelio, invitar y llevar a aquellas almas que poblaban el Nuevo Mundo a la cena del Señor.

Todos ellos comparten la idea providencialista de la historia, aquella que sostiene que el acontecer humano transcurre dentro del plan de Dios, acontecer que tiene como punto central a Jesucristo y cuyo objeto es reunir a toda la humanidad bajo la misma fe en el único Dios verdadero. Una visión universal en donde tarde o temprano todos deben

¹⁵ *Idem.*

¹⁶ *Ibid.*, p. 300.

¹⁷ *Ibid.*, p. 292.

coincidir en un mismo fin, la salvación. “Casi por demás está decir que para los franciscanos no sólo su primer provincial, sino la orden entera formaba parte del plan providencial”.¹⁸

Un aspecto que se encuentra constantemente en la historiografía franciscana es la lucha contra el demonio, quien es, precisamente, el que a toda costa desea impedir el cumplimiento de la voluntad divina. La orden de los menores se enfrenta a diario con él y para poder vencerlo es necesario el conocimiento profundo de ese mundo indígena que tanto los sorprendía y en ocasiones horrorizaba. Sólo mediante un acercamiento al pasado de los naturales, al estudio de sus creencias, ritos y costumbres se podía encontrar el camino correcto. Había que destruir todo aquello que impedía que la verdadera fe echara raíces. Lucifer se había erigido en dueño y señor y había que arrancar a los indígenas de este dominio, había que extirpar desde el fondo los errores y desviaciones que impedían la verdadera conversión.

El concepto del indio que los religiosos tenían fue cambiando con el trato diario y con el conocimiento que fueron adquiriendo de ese mundo tan distinto, extraño, inquietante y las más de las veces incomprensible. Pasado el impacto inicial, que, desde luego en muchos casos, principalmente ante la vista de los sacrificios y de sus aterradoras ceremonias, fue poco positivo, los religiosos se dieron cuenta de la realidad del mundo indígena y de ciertos rasgos muy favorables ya fuera como personas o como cultura. Pronto los frailes se erigieron en sus defensores y trataron de comprender esa extraña sociedad que, y esto es importante, cometía atrocidades por el dominio demoníaco que padecía. A pesar de esta esclavitud a la que Satanás los había sometido imponiéndoles la adopción de una religión diabólica y sangrienta, los indígenas habían desarrollado virtudes extraordinarias que sorprendían a los frailes. Eran dóciles, mansos —salvo en la zona norte de Mesoamérica— amantes de la vida austera, sin avaricia ni demasiado amor a los bienes terrenos. Eran cera moldeable en las manos atentas y amorosas pero firmes de los frailes. Había que arrancar las semillas plantadas por el diablo en sus almas y destruir, si era necesario, todas aquellas manifestaciones de su idolatría, para así sembrar la fe verdadera y conducirlos por el camino de Dios, bajo el amparo de los religiosos.

Había también que protegerlos de los abusos de los españoles, “cristianos viejos” que, dominados por la codicia, no conocían límites en la explotación de los nuevos fieles, y no sólo eso, sino que con su mal ejemplo de vida poco cristiana, impedían o por lo menos obstaculizaban el trabajo de los misioneros.

¹⁸ Frost, *Este nuevo...*, p. 27.

En las crónicas franciscanas del siglo XVI, el indio no es un mero accidente, sino pieza fundamental dentro del plan divino, y así los cronistas dedicaron una parte importante de su obra al pasado de los naturales; y aun cuando el objetivo tenga una marcada intención religiosa: conocer la enfermedad para así poder aplicar el remedio, no por ello dejan de despertar en ellos admiración en algunos casos, por ejemplo los *Huehuetlatolli*, o pláticas de los viejos, rescatados por Olmos, que los frailes buscaron incluso conservar en cuanto a la disciplina, respeto y buenas costumbres que en ellos se contenía.

Otro punto importante es señalar el intento (que en Torquemada es muy claro) de rescatar ese pasado indígena, buscando incorporar las culturas del Nuevo Mundo al proceso de la historia universal.

Ahora bien, en las crónicas no sólo se relata el pasado de los naturales, sino que nos dejan constancia del indio al que tratan, al sujeto de la misión; no hay que perder de vista que las crónicas debían narrar la gran epopeya que significó la evangelización. Nos dejaron testimonio de conducta, habilidades, virtudes, buen comportamiento de estos indios, al igual que de sus defectos, y sus rasgos físicos. Los naturales eran semejantes a niños, a los que había que guiar, enseñar, castigar, conducir de esta forma a la verdadera religión y no sólo eso, sino que trascendiendo el plano espiritual, convertirse en sus maestros, enseñarles a vivir y a comportarse dentro de los lineamientos aceptados en Occidente. No hay que perder de vista que los indios son una gran novedad, y que es importante transmitir esta nueva realidad tanto a aquellos que no los conocen como para el futuro.

La obra de los misioneros abarcaba de este modo todos aquellos aspectos en que se desenvolvía la vida de los indígenas a partir de la evangelización. Este objetivo tan amplio y tan absorbente con respecto a los naturales, los llevó a enfrentarse con serios problemas en todo y todos aquellos que los religiosos veían como obstáculos para la realización de su misión.

Surge otro de los puntos que nuestros cronistas tocan en sus obras, la defensa de los naturales y de la propia actuación. Los franciscanos, apoyados en las prerrogativas otorgadas por el papa para llevar a cabo la evangelización, buscan establecer una Iglesia, donde sólo ellos y los naturales tengan cabida, “levantar una Iglesia nueva, fundada en la pobreza de quienes vivían sin codicia y cuyo único cuidado era ahora aprender lo que toca a la fe y a vivir de acuerdo con ella”,¹⁹ una comunidad de la que los frailes sean los puntos de contacto entre el mundo indígena y las autoridades eclesiásticas y civiles, y desde luego el muro que los proteja

¹⁹ *Ibid.*, p. 40.

de los abusos de los españoles. Esto no iba a ser posible, la Corona no permitiría un poder que la limitara y pronto se comenzarían a notar las discrepancias, los conflictos y las diferencias de opinión de unos y otros. De todo ello nos dan noticia algunas crónicas, cartas e informes.

Fray Agustín de Vetancurt, el último de los cronistas del Santo Evangelio, presenta características distintas a los anteriores. Por lo pronto pertenece a un momento diferente en el tiempo, escribe su obra ochenta años después de que lo hiciera Torquemada y momento distinto en cuanto a la realidad que le tocó vivir. En Nueva España, la sociedad había tenido cambios importantes, se había transformado y los indios y todo lo que a ellos se refería habían perdido la novedad de los primeros tiempos por lo que el interés había disminuido, se les veía de otra manera.

Al igual que para los cronistas del siglo XVI, en la obra de Vetancurt la historia de la orden y su actividad siguen siendo el eje sobre el que gira la crónica. Sin embargo, fray Agustín busca profundizar en diferentes aspectos, otros temas ocupan su atención y otro grupo adquiere mayor importancia: los criollos.

No es que el cronista no haya tenido contacto con los indios, no hay que olvidar que fue párroco de San José de los Naturales, pero éstos, de acuerdo con la visión de Vetancurt, distan mucho de ser aquéllos de los primeros tiempos de la evangelización.

La imagen del indio en el *Teatro mexicano* se ha modificado, sin llegar a explicar el por qué del cambio. El indígena había decaído como protagonista en la obra de los franciscanos, por lo menos en la zona central de la colonia²⁰ y ese lugar había sido ocupado, en gran medida, por un creciente interés en los criollos, grupo que aumentaba y al cual, como muchos otros frailes, pertenecía Vetancurt. Es más, fray Agustín no tenía una opinión muy favorable respecto a los indios y los mestizos y lo manifiesta muy claramente en el asunto de la aceptación de éstos como novicios: “Y la razón es porque después de tantos años está tan arraigada la gentilidad en ellos que no cesan de los ritos y ceremonias gentílicas por más que son castigados, y así se ve que no hay un indio santo”.²¹ Su preferencia por la “nación criolla” lo lleva a afirmar que la aceptación de los mestizos a la orden “la mancha”.

²⁰ Ya durante esta época el interés misionero se dirigía a zonas más alejadas, hacia el norte, donde los indios eran distintos de los que habitaban Mesoamérica a la llegada de los españoles.

²¹ Carta de fray Agustín de Vetancurt del 25 de marzo de 1702, en Francisco Morales, *Ethnic and Social Background of the Franciscan Friars in Seventeenth Century*, Washington, D. C., Academy of Franciscan History, 1973, p. 144.

Otro tema al que Vetancurt da importancia es la política del Estado respecto a la secularización; aunque iniciada desde el siglo XVI, esta tendencia se dirigía a establecer mayor control sobre las órdenes religiosas de parte de la Corona. Se favorecía que el mayor número posible de curatos o parroquias de indios pasara a manos del clero secular. Esta situación alteró la relación entre las órdenes y el Estado, y entre los frailes y el clero secular. A pesar de que las fricciones ya se habían dado desde el siglo anterior, en el XVII se manifiesta como una verdadera pugna. Este ambiente de confrontación quedó plasmado en la crónica de Vetancurt.

A partir de su interés por los criollos se derivan otros temas que fray Agustín gusta de abundar. Las ciudades, especialmente la de México, su importancia y significado. Autoridades, organización, fiestas, en realidad todo aquello que a lo largo del siglo XVII se ha ido transformando dentro de la sociedad del Nuevo Mundo. En él se nota ya lo que en muchos autores de su siglo, el deseo de expresar y transmitir esa realidad que viven en la colonia. Así llega a comparar ciudades novohispanas con españolas y europeas, como Florencia o Lisboa. Es una crónica que nos muestra un ámbito más ciudadano y mucho más dedicada a la descripción de la república de españoles.

Con Torquemada había terminado un periodo de gran importancia dentro del proceso de la evangelización en las nuevas tierras, Vetancurt refleja ya una etapa distinta, lo cual se manifiesta claramente en su obra.

Los cronistas de la provincia del Santo Evangelio nos dan así una visión amplia de la actuación de la orden de San Francisco en Nueva España. Motolinía, Mendieta, Torquemada y Vetancurt en su afán por consignar los hechos que les tocó vivir, dada la magnitud de la obra que emprendieron en el Nuevo Mundo, contribuyeron a conservar un testimonio sin el cual hoy nos sería muy difícil adentrarnos en nuestro pasado.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS